

FRUSTRACIÓN INFANTIL

Los creadores y productores u de la historieta “El Santo” lanzaron una convocatoria dirigida a los seguidores del Enmascarado de Plata para participar en su concurso permanente de dibujo, basado en el personaje. Sería acorde a la periodicidad semanal, de la revista, en donde publicarían la lista de ganadores de una máscara plateada, similar a la del famoso héroe, para el autor del mejor dibujo y el otro premio sería un poster autografiado del luchador, para el segundo lugar.

Esa mañana le llegó a Arturo un paquete procedente de la revista El Santo. Apenas se lo entregó el cartero lo abrió para descubrir en una bolsa de regalo, una máscara del notable defensor enmascarado de satín plateado de muy buena calidad, con una carta de felicitación por su habilidad cómo dibujante, firmada por su héroe.

En muy buena ley, pues se lo había ganado a pulso, ahora, con su máscara de El Santo, podría desarrollar toda su admiración hacia el héroe de la lucha libre, volcado en historieta.

Se armó de la capa con la sábana que debería de servir para cubrir la mesa de carambola del salón de billares de sus abuelitos, la cual nunca se usaba y sufría el abandono, arrumbada en el fondo del mostrador, lleno del polvo de todos los años, acompañando a las bolas y tacos quebrados.

Se puso la máscara y se calzó con unos tenis recién comprados por su mamá. Consideró su atuendo y sintió que estaba listo. No se descubrió el torso ni se puso medias o calcetas, por dos razones que le parecieron ser la mejor justificación del mundo: En primer lugar, era muy friolento; además, un pecho o piernas desnudos, lo iban a mantener tiritando, con los dientes en constante traqueteo, cual telegrafista al enviar sus primeros mensajes, pero sobre todo, su enclenque constitución física (demasiado enjuta) dejaba mucho que desear; no podría representar, de manera correcta, a su héroe favorito. "Y qué mejor que de civil, para pasar inadvertido" pensó, como si la máscara y el remedio de capa no lo fueran a evidenciar como algo raro cuando saliera a la calle. No lo rumió mucho y fue en busca de su primo Tono, quien o bien comulgaba con todas sus locas ideas, o le seguía la corriente con la preconsabida consigna de que toda la o las aventuras serían subvencionadas con los domingos (gastadas) de su primo Arturo.

Tono aceptó el plan y decidieron hacer su primera incursión. Saldrían ese atardecer por el rumbo del cerro de San Cristóbal, de preferencia por el Torreón y sus alrededores, para acostumbrarse a la falta de visibilidad ocasionada por tener cubierta la cara, casi en su totalidad, más la sensación --- única, por cierto--- de tomar la personalidad de dos defensores del bien. Cual quijotes, saldrían, máscaras en ristre, a la defensa de cualquier desvalido o desvalida (en el mejor de los casos) que se cruzara en su camino...

El sol ya amenazaba con ocultarse tras el cerro del Huitepec, al dejar la casa. Arturo llevaba la tela que le servía de capa, enrollada en su brazo izquierdo. La máscara, al igual que su compañero, estaba disimulada en la bolsa delantera del pantalón.

Caminaban silenciosos, cavilando: si todo salía bien, a partir de esa acción, dos héroes desconocidos andarían en los labios de jóvenes, rescatadas de situaciones en que vidas y honras pendían de un brevísimo hilo. Por sus mentes desfilaban infinidad de imágenes, como secuencia de epopéyicas películas. Los niños enmascarados eran los protagonistas, los cuales, en un acto de gran trascendencia, empeñaron sus vidas en luchar por el bien de la humanidad.

Arturo estrenando su recién adquirida máscara. Tono consiguió de segunda mano una máscara de Blue Demon, para secundar la acción

Como la casa de los abuelos estaba a escasas tres cuerdas del torreón, en pocos minutos llegaron al mercado y parque de la Merced y se encontraron con seis chicos, quienes estaban molestando a dos niñas, presumiendo que eran del grupo de Los Halcones personajes siniestros que aparecían como antihéroes, con el propósito de subyugar a las chicas, por el hecho de no someterse a André y a Chuck, principales actores de la mencionada historietita. Sería la oportunidad en esta misión para Arturo y Tono, representantes de El Santo y Blue Demon para defenderlas de los malandrines.

En muy pocos minutos entre varias acciones de ambas partes, nuestros incipientes héroes huyeron de los malos metiéndose por la callecita que daba al cerro de San Cristóbal, con el propósito de perderlos. Cada uno de los dos, agarró por donde pudo y Arturo, aprovechando que el crepúsculo ya se cernía al llegar al cambio de la noche, logró escabullirse metiéndose a unos cincuenta metros de la cima del cerrito, entre las zarzas que los conejos utilizaban como madrigueras, por la forma que tenían como de cuevas en la maraña de ramas. En el intento se llevó varios arañazos y se le trabaron en la espalda y brazos varias hileras de espinosas ramazones de las zarzamoras. Como pudo se fue librando de unas, ganándose otras. Al escuchar el sonido de pasos de sus persecutores, se quedó quieto en su remedo cueva entre la gran maraña y quedó oculto a los ojos ajenos. Al escuchar muy lejos en la distancia las pisadas de los agresores, esperó hasta que vio salir las estrellas iluminando el firmamento. Con mucha precaución y cuidado fue saliendo del encierro, al destrabarse poco a poco los tentáculos de las moras. Se sentó para respirar tranquilo sobre una piedra ubicada muy cerca. Imitando el sonido de las aves tratando de hacerle notar por su primo Toño su ubicación, no logró nada.

Optó por ascender hasta la parte más alta del cerro para acercarse y tomar aire, al sentarse cómodamente en una banca del kiosco, confiando en la oscuridad demasiado profunda para poder distinguir algo. Cuando se percató de que estaba solo, se fue al frente de la iglesia para bajar por las gradas hacia el caminito que llevaba hacia la calle que da a San Antonio En el último tramo, antes de llegar a la intersección de la calle de La Palma tuvo necesidad de ir caminando muy despacio al

principio, pues estaba muy resbaloso porque estaba cubierto de piedras; pero se olvidó de todo cuando vio destacando en la oscuridad muchos pares de ojos. La gran algarabía que armó una gran cantidad de perros, ladrando en todas formas y tonos, se le fue acercando, muy decididos a hincarle el diente. Un perrito muy agresivo fue el primero que alcanzó morderle la pierna derecha haciéndolo caer al suelo. Velozmente Arturo se puso de pie agarrando una piedra en cada mano y empezó a repartir golpes a diestra y siniestra, escuchándose algunos aullidos, hecho que frenó un poco el ataque de los canes, lo que le permitió llegar milagrosamente a la calle, para salir del peligroso callejón. Le ayudó en el último momento la intervención de algunos dueños que callaron y llamaron a sus animales.

Arrastrando materialmente las patas, Arturo se fue por la calle de La Palma para agarrar por la Ignacio Allende y por la cercanía, en pocos minutos llegó a su casa, en cuya puerta se encontraba Tono muy preocupado.

---¿Qué, qué te pasó por Dios? ¡Estás lastimado, con sangre en la cara, lleno de polvo por todos lados. ¿Te perdiste y te caíste o qué fue lo que te sucedió?

De manera sucinta le fue contando todos los incidentes desde que se separaron en la esquina del Torreón , hasta su bajada y escape de los cánidos

---¡Aunque no hay explicación lógica creo que Dios me protege porque me libré de los que nos persiguieron y pude escaparme de una jauría de histéricos perros, pues sólo salí con una mordida que no llegó a la piel porque me agarró el pantalón. y una bola de raspones producidos en las caídas y por las zarzas donde me escondí. Nada que no se puede curar con un poco de iodex, alcohol para desinfectar y unas curitas. Y un *mejoral*

---¡Gracias a Dios Arturo, te libraste de algo peor!

---¡Mañana después de que regrese mi mamá de su trabajo, le contamos todo, sin decirle nada de los golpes y para ese tiempo ya me habré quitado las curitas.

---Déjame ver si no hay moros en la costa para que podamos ir a nuestro cuarto.

Así lo hicieron y sin mucho preámbulo se durmieron, quizá muy fácilmente gracias al esfuerzo que sufrieron para defenderse de sus atacantes en la Merced.

A las seis de la mañana, en cuanto el sol salió, Arturo despertó a Tono y le pidió que lo acompañara llevando sus máscaras, para ir al cerro de San Cristóbal.

En la parte alta del callejón, en el centro donde había más piedras, se encontraba, el cadáver del perrito, como prueba de lo dicho por Arturo. Llegando cerca de la iglesia, sin cruzar palabra desde que salieron de su domicilio, Tono, siguiendo las instrucciones que le señaló su compañero. Hizo

con la pala un agujero en el piso y enterró las dos máscaras que ambos cubrieron diligentemente con tierra.

---El mundo todavía no está preparado para aceptarnos ---dijo Arturo muy solemne

---Así es. Ya habrá su tiempo --- agregó Tono.